

TERCERA PARTE.

Partida de Jaffna.—La estación de Kadawé.—Una noche en las junqueras de Pannengam.—Combate de una boa y dos elefantes.—Mantotté.

Eran las cinco de la mañana; los primeros rayos del sol teñían de color de rosa las olas del Océano Indio; la brisa de las noches, tan tibia, tan perfumada en las costas de Pennoryn y de Maanaar, cede poco á poco al viento del Oeste, que en algunas horas abrasará la tierra; de todas partes llegan los piadosos indios, brahmas, fakirs, babous y soudras, á hacer sus abluciones en los estanques sagrados, miéntras que los sectarios de Hayder-Ali, de rodillas bajo los pórticos de las mezquitas ó en el polvo de los caminos, invocan á Allah y al profeta con el rostro vuelto del lado de Hayderabad, la ciudad santa de los musulmanes de la India.

No hay palabras con que pintar el esplendor del paisaje indio en aquel instante del día: no hay una nube en la bóveda azulada que sirve de cúpula á la verde llanura; las fieras han entrado ya en sus madrigueras; la luz se refleja en el follaje, que alegran millones de pájaros de variados plumajes á las orillas de los pantanos que bordan

el camino de Jaffnapatnam á Catchay; los filocrocoras, los martin-pescadores, y otros muchos, abren con el pico las conchas, y almuerzan en compañía de esos grandes patos sedentarios que mueren en los pantanos en donde han nacido, y de una infinidad de zarcetas y de pollas de agua que pastan en la fresca yerba del pantano.

En las ramas de los multiplants, de los tamarindos y de los baobabs, los grandes monos negros se persiguen, jugando y haciendo maravillas de equilibrio, que son la desesperacion de los guacamayos, cuyos nidos estropean en aquella loca carrera. Bajo cada hoja de árbol hay un pájaro, bajo cada mata de yerba un insecto, sobre cada flor una mariposa; todo esto gorjea, canta, murmura al despertarse, y el sol se levanta lentamente en medio de aquel concierto.

Acababa de salir de Jaffnapatnam para continuar mi viaje sobre la costa Noroeste, y pensaba ir directamente á Virteltivoé y desde allí á la isla de Manaar, centro de la pesca de las conchas de perlas.

Después de una permanencia más ó menos larga en este último sitio, según el interés que ofreciese á mis pesquisas, debía irme por el río Amerie á visitar las ruinas de Anouradhapour, la ciudad santa de los antiguos budhistas; ruinas tan considerables, impresas de un sello tan artístico, que se pregunta uno con asombro, sin que la historia ni la tradición puedan responder, si los cingaleses actuales son efectivamente los descendientes de los hombres que han esculpido estas columnas, estas estatuas de granito medio enterradas en el suelo, últimos restos de una edad

que ya era la antigüedad cuando el Asia Menor y la Grecia estaban aún desiertas, ó tal vez geológicamente inhabitables.

Caminando algo detras de la carreta de bueyes, que contenia mis efectos y provisiones, con el fusil en bandolera, seguia un camino encantador, perdido en el bosque, entregado á las impresiones que hacian nacer en mí los diversos puntos de vista del campo que recorriamos. Al cabo de dos ó tres horas de marcha, tuve que meterme en la carreta, huyendo del calor, que empezaba á ser fatigoso para un europeo. Dulcemente mecido por la marcha lenta y monotoná de los bueyes, iba á entregarme á las dulzuras de la siesta, cuando el diálogo entablado entre Amoudou y Kandassamy, que marchaban á la cabeza de los animales sin preocuparse del sol, alejó el sueño de mis ojos, procurándome la más divertida de las distracciones.

Me sucedia con frecuencia, durante las largas horas del centro del día, escuchar con los ojos medio cerrados las discusiones interminables que se suscitaban á cada momento, sin turbar jamás la buena armonía que reinaba entre aquellos dos bravos servidores.

El nubio y el malabar eran tan ignorantes y testarudos el uno como el otro; pero como Amoudou habia viajado mucho, tenia cierto ascendiente sobre Kandassamy.

Voy á relatar el diálogo desde el momento en que llamó mi atención, y se verá que los tunantes sabian encontrar soluciones á las cuestiones más arduas.

—Lo que más me asombra—decia el vindi-

cara á Amoudou — es que haya sobre la tierra hombres blancos, negros y amarillos.

—¡Cómo se conoce que tú no has salido nunca de la península de Jaffna, pues no hay cosa más fácil de explicar!

—¿Pues cómo?

—Cuando Allah creó al hombre blanco, hizo al negro para servirle, y al hombre amarillo para servir al hombre negro.

—Yo no creo que *digas verdad*, Amoudou-saeb, pues Brahma, que es bueno, hubiera dado otro servidor al pobre hombre amarillo.

—¡Bah! Tú no sabes nada... Si tú hubieses recorrido como yo la gran mar, hubieras visto que en las Mauricias, en Borbon, Mayotte y en el Cabo, los blancos se hacen servir por los negros, y que en Zanzíbar y en Mascate, los sultanes negros se hacen servir por los parsis y los malabares amarillos.

—Yo habia oido siempre decir que el hombre amarillo era de una casta más elevada que la del negro, —dijo como dudando Kandassamy.

—¡Qué cerebro tan pobre es el tuyo! —replicó el nubio. —No hay más que dos castas, la casta blanca y la casta negra; el hombre amarillo no tiene casta, porque no sirve para nada... Mira: cuando el hombre blanco hace alguna cosa que los espíritus le han revelado, necesita siempre al hombre negro para que le ayude. ¿Tú conoces los grandes barcos que surcan el mar contra el viento? Pues bien, el hombre blanco es el que construye el barco y el que lleva el timon para dirigirle, pero el hombre negro es el que echa el carbon al fuego para hacerle andar. (Amoudou

se acordaba de su antiguo oficio de carbonero á bordo del *Cambodje*.)

—¿No hay hombres amarillos en los grandes barcos?

—Los toman algunas veces, pero es para servir la cocina. Escucha más: cuando saeb quiere marcharse, me dice: «Amoudou, vela para que todo esté listo, y escoge un vindicara para conducir los bueyes». No es difícil dirigir esos animales, y yo lo sé hacer tan bien como tú; pero el hombre negro debe mandar al hombre amarillo, y éste tiene que obedecer.

El pobre vindicara quiso arriesgar aún algunas tímidas objeciones; pero Amoudou, que se encontraba inspirado, le anonadó con su elocuencia, y acabó por encajarle con aire protector su argumento favorito, por el que terminaba invariablemente aquel género de discusion:

—Lo mejor que puede hacer un pobre conductor de bueyes de tu clase es fiarse en la experiencia de un hombre como yo, que posee en Calcuta más de seis mil rupias (15.000 francos).

Esta frase hacia su efecto, pues asombrado de aquella suma, verdaderamente enorme para un indio de baja clase, Kandassamy miraba con respeto al poseedor de semejante fortuna, y abandonaba la discusion.

Efectivamente, Amoudou poseia esta suma colocada en Agra-Bank, cuya mayor parte la formaba el regalo del mayor Daly, que habia recompensado de este modo su abnegacion por haberle salvado la vida, como ya hemos referido. Despues de haber dejado atras á Catchay, pequeña ciudad, célebre por sus maravillosos cachar-

ros de barro negro, de los que hice una buena provision, llegamos por la tarde á la pequeña aldea de Kadawé, á dos millas de Caretchie, en donde hicimos alto por la noche. Hubiera podido llegar á este último pueblo y pasar allí la noche, pero entre dos centros habitados, prefiero quedarme siempre en el más pequeño. En una ciudad ó un pueblo importante hay casi siempre un bengalow ó un alto de viajeros llamado *ambulam*, al que sólo descienden los turistas autorizados, y que están provistos de todos los objetos útiles en aquellos países, desde el pankah hasta los lechos y hamacas guarnecidos de mosquiteros.

Yo habia recibido del gobernador general de la India, sir John Lawrence, una órden que me autorizaba para detenerme si queria en todos los bengalows, y usar de las provisiones que allí hubiera, lo que jamás he hecho más que pagando. Pero como no tuviese que permanecer largo tiempo en un sitio, preferia quedarme en las tiendas de campaña, al aire libre, cerca de los pueblos pequeños, donde podia estudiar mejor los usos y costumbres. Por la noche, despues de la cena, y cuando mis grandes bueyes descansaban de las fatigas del dia pasturando la fresca yerba que les subia hasta el pecho, los indigenas se aventuraban á rodear mi campamento, interrogando primero á Kandassamy, en seguida á Amoudou, y sentándose luégo la aldea entera cerca del boabab, del bananero ó tamarindo que nos servia de abrigo, pasando la noche oyendo relatar leyendas y cuentos sin fin, dignos de figurar en las veladas de los califas de Bagdad.

Lo mismo en las grandes ciudades, como Pon-

dichery, Calcuta, Madras, Colombo y Bombay, como en los viajes, me gusta la regularidad en mis horas de ocupaciones y de reposo, á pesar de que en las primeras dejo correr mi vida á la casualidad ó á la inspiracion del momento. Por consiguiente, lo mismo en los bengalows que en los campamentos solitarios, era muy raro que durmiese en la noche dos ó tres horas, durmiendo la siesta, como decimos nosotros y se usa en la India, durante las horas fuertes del dia, durante las cuales es imprudente viajar.

Momentos ántes de amanecer, mis dos bueyes recibian su racion acostumbrada de agua y arroz. El café de la mañana hervia en la cafetera... y nosotros nos preparábamos á dejar la estacion de Kadawé, una de las más encantadoras y pintorescas del país, cuando un bohis malabar, cubierto de sudor y de polvo, apareció de repente al volver un recodo del camino de Jaffnapatnam, y sin detenerse llegó á paso gimnástico hasta mi campamento, doblando la rodilla y haciendo el salam indio con las dos manos. El malabar me presentó una hoja de betel cortada por la punta, y esperó á que yo le interrogase sobre la mision que me traia.

—¿Quién eres tú, y quién te ha remitido ese betel de confianza?—le dije, despues de haber examinado si la hoja tenia alguna señal particular.

—Soy—me respondió—uno de los bohis (portadores de palanquines) de la casa Steward-Soupraya-Chetty, y el babou me envia á tí para rogarte que recibas sus palabras.

—Ya escucho las palabras que Soupraya-Chetty me envia.

—Te pide que no salgas de la estacion de Kadawé hasta mañana por la mañana.

—¿Y por qué?

—Porque desea venir esta misma noche á traerte una noticia que te agradará.

—¿Es eso todo?

—El bohís no ha recibido otras palabras.

Yo sabía que el babou, á pesar de sus maneras misteriosas de obrar, que son propias del carácter indio, no era hombre que se molestase por poca cosa; de suerte que no vacilé en acceder á su deseo, entregándole como señal una hoja de betel cortada á la punta como la que habia recibido.

La hoja de betel ha hecho un gran papel en la India durante los años que han precedido á la revolucion de 1857, proporcionando á los conjurados contra el poder de la Inglaterra un medio para entenderse, aliarse y corresponderse, tan sencillo y fácil, que las autoridades británicas no lo sospecharon jamás. Los indios de ambos sexos llevan siempre arrollados en su pagne cierto número de esas hojas, que pintan con nuez verde y un poco de cal apagada. Son sumamente hábiles en el arte de enviar los mensajes más interesantes, haciendo incisiones en aquellas hojas, cuya significacion sólo ellos conocen.

Amoudou y el vindicara acogieron con alegría la orden de desenganchar los bueyes, y los dos tunantes, que la víspera habian cenado con dos jóvenes y opulentas cyngalesas que en pocos momentos habian hecho profundos estragos en su corazón, se alegraron mucho de aquella orden que les permitia hacer con ellas más amplio conocimiento.

Amoudou profesaba un verdadero culto por las mujeres de Ceylan, que por su parte adoraban los pañuelos de seda de Bengala. Mi nubio habia hecho sin duda aquella observacion, pues desde nuestro primer viaje á Punta-de-Galles iba siempre provisto de aquellos célebres pañuelos de Dacca, que debian ganarle tantos corazones.

Yo estaba presente la primera vez que hizo su compra en una tienda de Radha-bazar, en casa del célebre Dourga-Chorone, proveedor de la sociedad francesa de Chandernagor, y no pude ménos de preguntarle qué pensaba hacer con aquellas mercancías. Pero el muy pille me contestó que iba á mandar la mitad á Aden y la otra mitad al país de los Barabras, en Nubia, á sus parientes y amigos.

Despues supe que distribuia aquellos pañuelos dedicados á su familia á las lindas chicas que encontraba en su camino. Su estancia en Jaffnapatnam le costó dos ó tres docenas de aquellos preciosos *vangoutys*, y supuse que en poco tiempo no tendria ya nada que enviar á sus parientes.

Despues del almuerzo, y cuando me preparaba á echar la siesta en una comfortable hamaca suspendida bajo el sombrío follaje de un inmenso boabab, el thasildar (jefe del pueblo) vino á preguntarme, con todos los circunloquios de la política indígena, si queria tomar un vaso de paleale y fumar un cigarro en su casa.

Yo no rehusé jamás una invitacion india, porque éste es el único medio de estudiar con exactitud las costumbres del país.

Conozco á esos viajeros cosmopolitas que dan la vuelta al mundo en los vapores, y á quienes bas-

ta bajar veinticuatro horas en un hotel de Ceylan, Singapoore, Java, Borneo, Siam, Canton, Yokohama, etc., para conocer el país mejor que los que le habitan... Pero yo, que no tengo esta intuición de las cosas que ignoro, creo que no se puede viajar con fruto si no se entiende el idioma de los pueblos que se visitan; y esto es tan cierto, que despues de tres años de estar en la India, el día en que pude hablar el tamoul, quemé todas las notas que había escrito antes, que no correspondían al nuevo punto de vista bajo el cual se revelaba á mí el país.

La casa del thasildar estaba situada en el centro del pueblo de Kadawé, siendo al mismo tiempo tribunal de policía y centro de percepción de impuestos; dobles atribuciones con que está vestido el propietario.

En el momento en que nos sentamos en la verandah, delante de una mesa cubierta de frutas, pasteles de miel, cigarros y algunas botellas de aquella cerveza blanca y amarga que Bass y Compañía, de Lóndres, expiden al mundo entero, dos alguaciles malabares extendían unos recibos sobre *olle* (hoja de palmera) á aquellos contribuyentes que no querían irse sin su correspondiente resguardo. La mala gana que demostraban al pasar el punzon sobre la hoja, daba á conocer cuán poco les gustaba aquel trabajo, pues aquella exigencia les privaba de la posibilidad de cobrar el impuesto dos veces, lo que no dejan de hacer cuando un deudor del tesoro olvida pedir el *pat-tah* (recibo.)

Al verme con el thasildar, tomándome sin duda por un funcionario inglés, los alguaciles modifi-

caron sus exigencias, y les tocó su vez á los contribuyentes de mostrarse más exigentes enumerando sus quejas.

—Es la segunda vez que pago el *sovandarom*,—decía uno.

—De mí exigen más que lo que he recogido este año de nelly,—respondía el otro.

—Mi tierra fué concedida en *maniom* (exenta de impuestos) á mi bisabuelo, y ahora me fuerzan á pagar los réditos,—decía un tercero.

Otro afirmaba que el *raiassom* (secretario del *thasildar*) se entendía con el *talavaie* (subinspector) para imponer á su tierra más que lo que daba.

Era un concierto, en fin, para ensordecér á cualquiera, en el que entraba hasta el mismo *thasildar*, y al que no podía poner fin, pues la etiqueta india le prohibía hablar delante de mí.

Creí deber intervenir, y en cuanto vi ya á todos provistos de su recibo, insté á aquellas pobres gentes á que se retirasen, asegurándoles que en adelante el *thasildar* emplearía los medios que estuviesen en su poder para cortar aquellos abusos. Y los pobres indios se retiraron, deseándome todos las prosperidades que Brahma concede á los mortales.

Ya he dicho en otra ocasión con qué rapacidad y rigor cobra la Inglaterra sus impuestos en la India, y cómo, bajo el pretexto de la civilización, arranca al desgraciado indio hasta la última moneda que ha ahorrado, y cada vez me afirmo más en ello; pero hay tanta gente que habla de la política filantrópica de este país en sus colonias, que me parece necesario dar á conocer cuál es la situación de los cultivadores y de los pa-

dials, que mueren de hambre bajo la dominacion inglesa. Y como he demostrado ya diferentes veces las pocas simpatias que me merece ese país, á pesar de tener muchos amigos ingleses, y á fin de que no me tachen de parcialidad, voy á copiar las líneas siguientes sobre la organizacion de los pueblos indios, escritas por Mr. de Jancigny, antiguo ayudante del rey de Aoude:

»En medio de todos los cambios que han sobrevenido por la conquista y las invasiones en el estado político de la India, los municipios (pues no hay nombre mejor para designarlos) han permanecido sin desmembrarse, y son hoy dia los átomos cuya aglomeracion forma los más grandes Estados de la India.

»Y entendemos por esto cierta extension de territorio, habitado por una sociedad que tiene una existencia aparte en el Estado. Los límites de estas comarcas, ó municipios, se remontan á los primeros tiempos, y se conservan con el mayor esmero. Las tierras que encierran pueden ser de todas condiciones, cultivadas unas, incultas otras.

»Estas tierras se dividen en lotes, cuyos límites están tan bien vigilados como los del mismo municipio, y cuyos nombres y títulos se conservan en los archivos del municipio. Los habitantes de aquella pequeña sociedad viven reunidos en un pueblo, que en algunas partes están fortificados ó al ménos casi protegidos por una fortaleza.

»Cada municipio administra separadamente sus negocios, imponiendo á cada individuo la contribucion que debe al Estado, y es colectivamente responsable de su pago íntegro. Tiene á su cargo la policia de su territorio, y es responsable

tambien de los robos que allí se cometan. Administra la justicia á sus miembros, castiga los delitos leves, y juzga los procesos en primera instancia. Y para atender á sus gastos interiores, mantener en buen estado las paredes del templo, y subvenir á todos los gastos de los sacrificios públicos, hacen limosnas en su nombre.

»Tiene oficiales encargados de llenar todas sus funciones, y aunque sujeto al principio del gobierno general, forma sin embargo en realidad una sociedad completa. Esta independencia y los privilegios que resultan de ella se ven á veces atropellados por los rajahs, pero jamás los niegan.

»Esta organizacion social protege con frecuencia á los habitantes contra la tiranía de las autoridades, y en más de una ocasion ha hecho revivir la sociedad entera, aun despues de la dissolution del gobierno general.»

Lo que sigue es la genuina opinion de uno de los miembros más distinguidos del *civil service*, llamado sir Charles Metcalfe:

»Los pueblos eran verdaderas repúblicas que vivian por sí mismas, independientemente de toda autoridad exterior, estando dotados de una eterna duracion, en una region en que ningun imperio se puede mantener.

»Las dinastias se derrumban sucesivamente, las revoluciones se suceden á las revoluciones, los Alfghans, los Mayols, los Mahrattes, los Sikhs, se renuevan sucesivamente, pero el pueblo queda siempre el mismo.

»En épocas de turbulencias, se arma y se fortifica. Cuando un ejército enemigo atraviesa el país, los aldeanos ponen sus rebaños á cubierto

bajo el recinto de sus murallas, y dejan pasar al enemigo sin provocarle, si no son bastante fuertes para resistirle, ó bien huyen á los pueblos vecinos, y cuando ha pasado la tormenta, vuelven á emprender sus trabajos.

»Si una provincia permanece durante muchos años entregada al pillaje, siendo imposible habitar sus aldeas, sus habitantes dispersos vuelven á sus hogares en cuanto creen poder estar en él con alguna seguridad. El destierro dura á veces toda una generacion, pero la generacion siguiente vuelve infaliblemente á su país, reconstruyendo la aldea en el mismo sitio, las casas en el mismo lugar que ocuparon, y tomando posesion de las tierras los descendientes de aquellos que tuvieron que huir.

»Esta union indestructible de la comunidad de los pueblos ha contribuido, yo creo, más que nada á conservar la sociedad india en medio de todas las revoluciones políticas de que ha sido teatro aquel país, y á que vivan dichosos sus habitantes, gozando de una verdadera libertad.

»El jefe del municipio arreglaba con los oficiales del gobierno la suma que habia que pagar todos los años, repartiendo las cuotas de la contribucion entre sus administrados, segun la mayor ó menor fortuna. Afirmaba los terrenos vagos, juzgaba las diferencias ligeras, y hacía prender á los criminales; en una palabra, estaba encargado de todos los cuidados del gobierno municipal.»

Yo por mi parte puedo añadir á estas reseñas que el thasildar administraba la justicia en público, en un sitio destinado al efecto, llamado chauderie, teniendo que consultar á sus administrados

en lo concerniente al interes general, y siempre que tenia que dar alguna sentencia en lo *civil*, le asistian árbitros elegidos por ambas partes. Su consejo se componia de todos los jefes de las castas que componian el pueblo, teniendo tres ayudantes, que eran:

1.º El *raïassom*, encargado de los archivos del municipio. Este tenia cuidado de los registros del catastro, en el que constaban los nombres de los propietarios y las propiedades que formaban parte del municipio, teniendo cuidado tambien de conservar los convenios á largo plazo hechos entre particulares, ó entre el Estado y el municipio.

2.º El *taleari*, que estaba encargado de velar por la integridad de las demarcaciones públicas y privadas. Como principal oficial de policía, guardaba las cosechas, vigilaba y prendia á los malhechores, guiaba á los extranjeros enseñándoles el territorio del municipio, velando por la noche por la tranquilidad general.

Como no podia por sí solo desempeñar aquellas múltiples funciones, tenia permiso para que le asistiesen los miembros de su familia. El *taleari* se elegia siempre entre las gentes de castas inferiores, lo que pareceria extraño en Europa. Pero teniendo gran parte de autoridad en la administracion del pueblo, temen que añadiendo á esto el prestigio de la casta, pueda apoderarse él solo de todo el poder, y por eso le eligen entre la casta más baja. Además, en razon de su ínfima condicion, y no estando sostenido por ninguna fuerza moral, pueden quitarle de en medio á la menor falta.

3.º El *scharaff*, que era al mismo tiempo teso-

tero y recaudador del municipio, bajo la vigilancia del thasildar, y examinador de la moneda corriente.

Estos tres asesores del thasildar se nombran en la asamblea general de las castas, y conservan sus puestos mientras no se hagan indignos de ellos.

El título de thasildar es hereditario en la primera familia de la casta más elevada del pueblo; pero el que lo lleva, lo usa sólo como un honor con las prerogativas anexas á él. Todos los años se nombra en asamblea general el serestadar, ó vicethasildar, que administraba el municipio y podía ser sustituido si faltaba á sus funciones.

A todos estos funcionarios se les pagaba, ó en dinero ó en efectos, de las rentas municipales. Despues de ellos iban el médico, el maestro de escuela, el astrónomo y un cuerpo de devadassys (bailarinas, bayaderas) y de músicos para las fiestas públicas, que recibían igualmente una retribucion del tesoro municipal.

En esta situacion, el pueblo encontraba en su fuerza de cohesion enérgicos medios de resistencia á las exageradas pretensiones de los rajahs, y se ha visto algunas veces á todos los habitantes de una aldea, con las castas elevadas y el thasildar á la cabeza, abandonar sus propiedades y emigrar á otros países, mejor que sufrir un impuesto exagerado y vejatorio. Pero ante semejantes manifestaciones, el rajah se apresuraba á darles cumplida y entera satisfaccion.

Despues de haber sómetido Ceylan y la India entera á sus leyes, la Inglaterra conservó la antigua organizacion, que le entregaba un país ya

administrado, y á primera vista parece que su conquista ha dado á los indios un solo amo, conservándoles sus libertades municipales, en vez de los muchos rajahs que se dividían el país.

Y sin embargo, esto no es cierto.

Ni los thasildar, ni los serestadar, ni los taleari, ni los rajassom, ni los demas empleados de un orden inferior, los nombran ya los habitantes en una asamblea general, ni son los delegados ni los protectores naturales de sus conciudadanos.

La Inglaterra es la que los nombra, los destituye ó emplea á su gusto, sirviéndose de ellos para exprimir el país; así es que son cordialmente detestados de los indios, que no ven en ellos más que enemigos, cuando antiguamente los jefes de las aldeas se veían rodeados de cariño y respeto.

El resultado no ha tardado en verse, y como las exigencias de los recaudadores ingleses aumentan de año en año y amenazan agotar hasta la última *cache* del ahorro de los indios, éstos no han encontrado otro medio mejor para sustraerse á la rapacidad de aquel dueño exigente que disimular su fortuna, disminuyendo la importancia de sus tierras, ocultando su cosecha, ó sobornando á precio de oro á los recaudadores indígenas, para hacerse imponer una contribucion conforme al valor de sus tierras.

Se puede evaluar el impuesto que la Inglaterra arranca á los indios en la mitad del producto en bruto; así es que apenas les queda á aquellos desgraciados con que vivir de una cosecha á otra.

He visto muchos que abandonaban sus tierras y se echaban á merodear, mejor que trabajar para el recaudador.

Las palabras siguientes las oí en un interrogatorio que yo hice, por lo que puedo afirmar su sinceridad:

Un día que presidía una audiencia en el tribunal de Chandernagor, en un asunto de robo con fractura, en una casa habitada, al proponer al principal acusado las cuestiones de costumbre, sobre edad, domicilio, profesión, etc., me sorprendió oírle responderme sobre la cuestión de profesión «que era propietario, en el territorio inglés, de mil cotthas (cerca de seis hectáreas) de tierra de nelly (arroz)». Y habiéndole preguntado cómo era que se entregaba al robo con una propiedad que era una fortuna real para un indio, me respondió textualmente: «Mientras que he trabajado en el campo, no he podido pagar el impuesto, alimentar mi familia y conservar mis semillas; cada año contraía una nueva deuda, y he acabado por disgustarme de pagar á los ingleses y dejar mis tierras sin cultivo, porque en este estado dejan de estar sometidas á las contribuciones del tesoro...»

Ciertamente que estas palabras encierran una exageración que no debe olvidarse; pero es triste cosa tener que reconocer que trabajando desde que el sol sale hasta que se pone, un cultivador indio no puede hacer frente á las exigencias británicas más que con gran trabajo y cuando la cosecha es buena.

Si algunos me tachan de exageración, que lean las líneas siguientes, que tomo de la autoridad misma, y comprenderán lo que valen las declamaciones filantrópicas de ese pueblo, que no ha abolido la esclavitud más que para ser él el úni-

co que saque partido de ella, y que por sus vergonzosas exigencias ha reducido á doscientos millones de indios á una situación más miserable que la del bruto. Veamos ahora la opinión de un hombre que ha pasado veinte años de su vida en la India, que fué amigo de los ingleses, y que sin embargo, escribió lo que sigue:

«Los cultivadores se ven obligados á vender á bajo precio á ávidos usureros que se aprovechan de su miseria la mitad lo ménos de su cosecha, *para pagar sus contribuciones*, y lo que les queda, apenas les basta para atender á su subsistencia y á la de su familia en seis ú ocho meses; algunos apenas conservan con que vivir cuatro meses, y otros que, apenas la planta tiene una espiga y empieza á formarse el grano, instigados por el hambre, cada día cortan una parte de las espigas verdes, cuyo grano á medio madurar separan, haciendo con ello una especie de caldo. De suerte que en la época de la cosecha, no tienen ya que recoger más que paja, y para ahorrarse el trabajo de cortarla, envían allí á pasturar sus ganados.

«Si á fuerza de privaciones han guardado intacta su cosecha, no son ellos los que la disfrutan, pues apenas está ya formado el grano, cuando los acreedores que les habían ántes prestado dinero para pagar los impuestos, se echan encima para cobrar la parte que se les debe; otros que les habían hecho adelantos de granos cuando no tenían, reclaman también la restitución y el veinticinco por ciento de interés; es decir, que el que había recibido veinte medidas de grano, tiene que devolver veinticinco.

«El tiempo comprendido entre la época en que

el grano empieza á formarse en la espiga, y en el que el gobierno permite ventearlo, que se le llama *souky-kala*, ó el tiempo del bienestar, es el tiempo en que las pobres gentes pueden hartarse con un alimento grosero, pero abundante, y que consiste en diferentes granos menudos, casi los mismos con que en Europa se engorda á los puercos y á las aves de corral, y en la India á los caballos, de donde proviene aquel proverbio tan comun en el país, de que «no se debe uno aproximar á un *pária* en la época del *souky-kala*, ni á un buey en el tiempo del *divouligai*» (estacion de las lluvias, en que la tierra está cubierta de verdura), porque uno y otro, encontrando con que hartarse, se vuelven intratables.

»En la mayor parte de las provincias, los que cultivan el arroz no le comen, y se ven obligados á venderle *para pagar el impuesto*. Sin embargo, durante los cuatro meses del *souky-kala*, tienen algunas habas y guisantes que nacen en los campos. El resto del año, su único alimento es un cocido de millet, sazonado con sal y pimienta picante machacado.

»Cuando han consumido lo que les queda de su cosecha despues de *pagar los impuestos* y á sus acreedores, unos hacen préstamos sobre granos que se comprometen á devolver con usura en la próxima cosecha, *otros recorren los bosques, las orillas de los estanques y de los ríos, en donde encuentran hojas, tallos de bambúes, frutas salvajes, raíces y otras sustancias que les ayudan á vivir, ó más bien á no morir de hambre.*

»Tres meses hay al año de horrible miseria

para casi todos los habitantes de la península del Indostan. Estos tres meses son en el Sud Julio, Agosto y Setiembre, y se dice generalmente que los que tienen grano para vivir todo ese tiempo, deben ser dichosos como príncipes. El hambre no se siente ya tanto en Octubre; entónces empieza á formarse el grano menudo, y la lluvia hace crecer en los campos yerbas de buen gusto, que se pueden comer, y que calman las angustias del hambre.

»No solamente los hombres son los que están expuestos á la falta de alimento durante una gran parte del año, sino tambien los animales domésticos tienen que sufrir las mismas privaciones. Como la paja de la cosecha no dura mucho tiempo, los pobres animales van á buscar las tierras crasas y saladas que lamen con avidez, y junto al agua que beben, compone casi todo su alimento. De suerte que durante la estacion del hambre, flacos y extenuados, apenas pueden sostenerse.»

Yo mismo me he encontrado con frecuencia en estos pueblos en la época del hambre, donde habia más de cien vacas, y algunas veces no me he podido procurar ni un vaso de leche para mi almuerzo.

Creo que despues de esta cita, no se me tachará de calumniar á los ingleses al presentar en relieve la infame conducta que tienen en sus posesiones de la India. Sucede siempre que los desgraciados indios, oprimidos por ese pueblo mercantil sin vergüenza, se ven obligados á vender la mayor parte de su cosecha, su alimento y el de sus animales para poder pagar los impuestos con que los agobian, y tienen los infelices, para sa-

tisfacer la codicia de aquellos hombres del Norte, que vivir cuatro ó cinco meses al año de los retoños de bambúes y de yerbas salvajes que disputan á sus escuálidos ganados.

Y no me refero más que aquellos que poseen algo y que cultivan...

¿Qué sería si yo levantase el velo que cubre la horrible situación de los obreros y jornaleros? ¿Qué será de estos infelices, cuando no hay trabajo ni poseen arroz que cultivar? ¿Cómo viven los párias?... Viven de la prostitucion de sus mujeres y de sus hijas... y todas las noches, durante los meses de hambre, los paseantes se ven acosados en los caminos por niñas de cuatro á cinco años entregadas ya á tan horrible oficio... Allí, á dos pasos, en la junquera, detras de un espeso follaje, se oculta el padre ó la madre que envía aquellas pobres criaturas...

¡Espantosa profanacion! ¡Es preciso no morir de hambre! Pero el impuesto se recauda, John Bull engorda... ¡Hurra por la vieja Inglaterra! Este es un país que sabe hacer sus negocios... Ella atraviesa mares y tierras, ahorca á los negreros y revende á los negros en sus colonias, estruja y exprime á la India entre las ruedas de sus máquinas para sacarle toda la savia... Millares de individuos mueren todos los años de hambre desde la punta del cabo Comorin á los valles del Himalaya... Pero ¡qué importa!... Y sin embargo, no hay una nacion en el mundo que tenga más sociedades filantrópicas de todas clases, y si quiere uno que le desuellen en Lóndres, no tiene más que estropear á un perro por la calle.

¡Ah! ¡Pobre Francia, en vano se tapan el ros-

tro, en su puritana hipocresía, al hablar de tu pretendida corrupcion, todos esos sajones de piés aplastados, esos brutos germánicos, tan cobardes cuando no son cinco contra uno, tan implacables cuando sorprenden á un enemigo desarmado!... ¡Consuélate, Francia querida! Si en el mundo queda aún alguna idea generosa y caballeresca, hay que ir á buscarla en tu seno.

Me he separado demasiado del pueblecillo de Kadawé y de su thasildar, y sin embargo, no he hecho más que tratar ligeramente un asunto que merece más detencion, pues la conducta de los ingleses en la India hace á estos súbditos suyos más desgraciados que lo eran los antiguos esclavos de la América, sino que este estado no se llama esclavitud... Es peor mil veces... pero no lleva el nombre; ésta es la única diferencia... La vista de aquellos infelices que habian venido á pagar la contribucion á casa del thasildar me habia sumergido á pesar mio en una serie de reflexiones y pensamientos, que habia olvidado completamente al jefe de Kadawé, cuando, volviéndome maquinalmente para encender un cigarro, le vi que dormia apaciblemente sobre un canapé en la verandah.

Eran de dos y media á tres de la tarde, es decir, el momento más abrasador del dia; pero en realidad, la temperatura no agobiaba, refrescada por las brisas del mar, que dan á esta isla afortunada un clima verdaderamente excepcional bajo las latitudes en donde está situada.

Por la noche, y cuando el thasildar y yo, en la tienda de mi campamento, saboreábamos un deli-

cioso carry, obra culinaria de Amoudou, vimos desembocar por el camino de Jaffnapatnam dos magníficos elefantes negros cubiertos de cachemira y llevando haoudahs de una riqueza verdaderamente real. Cuando llegaron los dos colosos á la plazoléta que ocupábamos, se pararon delante del jefe, y vimos de repente una enorme bola caer de uno de los haoudahs, más bien que bajar, y ser recibida en brazos de ocho ó diez esclavos.

—Es el babou, saeb, —dijo Amoudou, que le habia reconocido á pesar de la distancia y de la noche que avanzaba.

Me levanté para ver si era cierto lo que decia, pues me chocaba que viniese Soupraya-Chetty á hacerme una visita con semejante aparato estando tan cerca. Efectivamente, el nubio no se habia engañado, y el babou en persona fué el que se me apareció cubierto de pedrerías y en un traje tan magnífico, que le pregunté riendo si era el soubedar de Maissour.

La lisonja, por exagerada que sea, halaga á un indio, y Soupraya-Chetty, rojo de placer, me devolvió mi cumplimiento con exceso.

Cuando se hubo calmado aquella tempestad de lisonjas, el buen hombre me respondió, tomando un aire sentimental, que no pudiendo resistir al dolor que le habia causado nuestra separacion tan brusca, y para no espirar de dolor, etc.

Y el commouty prorumpió en sollozos, y su fiel Anandrayen, que le acompañaba, se precipitó hácia él para sostenerle entre sus brazos.

Entonces comprendí lo que la oscuridad me habia ocultado hasta aquel momento, y era que el babou Soupraya-Chetty, de la casa Steward y

Compañía, estaba borracho como un simple macoua (pescador).

Le condujimos á la casa del thasildar, en donde, muellemente extendido sobre una hamaca, no tardó en dormirse profundamente. Tenia que esperar una ó dos horas ántes de poder satisfacer mi curiosidad, porque era inútil preguntar á los criados, pues aunque supieran algo, me hubieran contestado irremisiblemente:

—Ilé (yo no sé).

Al ver yo todo aquel aparato y las numerosas provisiones de boca que iban encerradas en una inmensa caja, comprendí que el babou debia tener el proyecto de hacer alguna excursion en el interior, y supuse vendria á proponerme que le acompañase.

No me engañaba en mis conjeturas, pues cuando Soupraya-Chetty vino á reunirse con nosotros, me dijo que el mismo día de su salida, su casa de comercio habia recibido de Lóndres un despacho haciéndole un encargo de nácar y perlas tan importante, que todas las reservas de la plaza no formaban ni la décima parte, y en vista de esto, los señores Steward habian decidido que uno de ellos fuese á la costa de Manaar, á la pesca de madreperlas, que tiene lugar todos los años á fin de Mayo, para completar allí el cargamento pedido.

De comun acuerdo, confiése la comision á Soupraya-Chetty, que en razon á ser del país podia hacer mejores tratos con los pescadores malabares, y decidido ya el asunto, el babou se ocupó de sus preparativos de viaje, y acordándose de que yo debia seguir el mismo camino, me envió el mensaje que ya se conoce, reservándose el pla-